

«LOS MALTRATADORES SON PERSONAS NORMALES»

JOSUNE DÍEZ ETXEZARRETA

El “Programa de Terapia para el Maltratador” no surge como los hongos sino dentro de un contexto: el Servicio de atención a víctimas del maltrato doméstico. Y es el resultado de un convenio entre Emakunde, la Diputación Foral de Bizkaia y la UPV siendo el único programa de este tipo que funciona en el Estado español.

El programa nace en abril de 1995 bajo la dirección del catedrático de terapia de conducta de la UPV Enrique Echeburúa. En estos momentos la Diputación de Álava ha solicitado la puesta en marcha también en ese territorio de un servicio similar.

En la puerta de la consulta no hay ningún cartel, ni siquiera discreto, que rece “servicio terapéutico a los

maltratadores”. Por él han pasado sesenta hombres. Y son dos hombres los responsables que reciben a los escasos autores de malos tratos que acceden a realizar el tratamiento y que aceptan considerarse “enfermos”.

E.E.- A lo largo de una experiencia con 800 mujeres maltratadas empezamos a observar que una buena parte de éstas, alrededor de un 50%, no querían separarse a pesar de llevar una historia de maltrato de unos diez años. Mantenían una dependencia no sólo económica sino también emocional respecto a sus maridos. Si esto era sí, si su objetivo era volver a vivir con su pareja, evidentemente en unas condiciones de no maltrato, nos encontramos con que el programa estaba quedando cojo. Actuába-

mos sobre una de las dos partes de la pareja pero la otra, digámoslo así, quedaba intacta, lo que hacíamos era devolverla a la boca del lobo. Y la probabilidad de que hubiese una recaída o nuevas conductas de violencia eran muy altas. Por otra parte, incluso en los casos en que había una separación, lo que constatamos es que la mayor parte de las personas que se divorcian vuelven a casarse o a mantener otras relaciones estables y en el caso de los maltratadores también, con lo que la probabilidad de que fueran a maltratar a las nuevas mujeres era muy alta. Nos pareció que se justificaba plenamente el servicio y que era una necesidad actuar sobre ellos como forma de hacer más eficaz la atención a la víctima. Así es como surge la idea y el programa piloto.

¿Cómo se vio que Emakunde apoyara un programa de este tipo?

E.E.- El Instituto Vasco de la Mujer fue entusiasta con este tema. Y, claro, suscitó una cierta sorpresa en algunas instituciones. ¿Qué pinta Emakunde apoyando un programa de maltratadores? Es lógico, porque Emakunde quiere ir a la raíz del problema; por eso, lo que se intenta hacer es modificar la conducta de las personas que, por aprendizajes previos erróneos, tienen graves dificultades en una relación de pareja.

¿Por qué éste sigue siendo un programa piloto?

E.E.- Todavía ha pasado año y medio y no tenemos unos resultados definitivos acerca de su eficacia. En el caso de las mujeres estamos continuamente evaluando este programa, diseñando innovaciones, tenemos unos resultados, unas publicaciones, un seguimiento y unos resultados que lo avalan. En el de los maltratadores todavía nos falta una cierta perspectiva. Para que lo evaluemos necesitamos un año de seguimiento después del trata-

miento, que dura unos tres o cuatro meses. Para que los cambios de conducta queden integrados en el repertorio de conductas de una persona, se requiere que pase un período de tiempo considerable. Si la violencia es la forma de comportamiento habitual de una persona en el seno del hogar y lleva una experiencia de al menos diez años ejerciéndola, es muy difícil que vaya a transformarse de la noche a la mañana. El hecho de que cambie cuando esté en contacto con nosotros es un hecho interesante, pero no suficiente. Lo que importa es saber qué pasa cuando nosotros desaparecemos de escena, ahora ya sin muletas, sin el apoyo de los terapeutas.

¿Hay experiencias similares en otros países?

E.E.- Sí, por ejemplo en Estados Unidos, de donde tomamos nota. También en Gipuzkoa se llevó a cabo en 1991 una experiencia interesante en colaboración con los tribunales, subvencionada por la Administración vasca, que no tuvo continuidad por falta de recursos.

¿Cómo llegan los maltratadores a la consulta?

E.E.- Los hombres nos llegan a través de las propias víctimas que, por ejemplo, desean en muchos casos restablecer la convivencia con su pareja pero les ponen una condición: que se traten, para tener una cierta garantía de que esa convivencia futura va a ser positiva. Otras veces les pueden amenazar con separarse. Así, es la presión directa o indirecta de la víctima quien lleva a estas personas. Estamos pendientes además de un acuerdo con el Departamento de Justicia para informar de esta programa a todos los jueces, de tal manera que tengamos otra vía de entrada al programa: aquellas mujeres que presentan una denuncia. Como el delito de malos tratos no está penado prácticamente, excepto que se trate de lesiones graves, muchas veces, adoptar una medida punitiva con estas personas es contraproducente porque, como es pequeña, lo que hace es encrespar más lo ánimos y no tiene un efecto disuasor. Por ello nos parece oportuno que a los jueces se les in-

forme de que esto existe y que nos puedan remitir a estos maltratadores, sobre todo a personas más bien jóvenes o con conductas de maltrato no muy graves, en los que, por tanto, una acción terapéutica podría ser profiláctica o preventiva.

¿Con qué actitud llegan al servicio?

E.E.- Muy diferente de las víctimas, que vienen encantadas y con afán de colaboración. En general, la motivación es escasa por distintos motivos: a veces no reconocen que están haciendo mal. "Yo vengo aquí porque mi mujer me lo ha dicho". "Y ¿por qué?". "Ah, no sé". Hay negación del problema. En otros casos puede haber atribuciones externas del problema. "Sí, sí, yo he pegado a mi mujer –o le insulto– pero es que se lo merece porque me provoca continuamente, se lo está ganando". Además, todavía están las ideas machistas de que un buen palo a tiempo está bien; aquello de "pégala a tu mujer, que aunque tú no sepas por qué, ella ya lo sabrá". Pero nuestra sociedad ha evolucionado de una for-

ma espectacular respecto a la mujer y está muy rechazado socialmente el maltrato. Por eso buscan justificaciones y niegan lo que ha ocurrido. Pero incluso en los que reconocen que existe el problema y vienen a tratarse hay un abandono muy frecuente. Y el tratamiento es atractivo, entre comillas: es un régimen ambulatorio, garantizamos la confidencialidad, dura de tres a cuatro meses con una hora semanal, en horarios compatibles con su trabajo. Aproximadamente hay un porcentaje de abandonos cercano al 40-50% de los casos, lo cual es un nivel muy alto.

¿Cuáles son los objetivos terapéuticos?

E.E.- El control de las conductas de ira. Muchas de estas personas son agresivas, muy impulsivas y ante cualquier contrariedad reaccionan violentamente. Otros de los aspectos que trabajamos son los celos patológicos y el abuso del alcohol, que no necesariamente implica alcoholismo. Como potente desinhibidor, puede desencadenar conductas agresivas. Otro

tema importante es el control cognitivo de las ideas machistas que justifican comportamientos violentos. Son aquellos que piensan que la mujer se merece ese comportamiento y que está a su servicio. Son algunos de los problemas más frecuentes que encontramos, aunque tratamos también problemas sexuales o de incomunicación en la pareja.

¿A cuántas personas se ha tratado?

E.E.- El único terapeuta que trabaja en el servicio, aunque ahora estamos formando a otro para Victoria, ha abierto ficha a 60 hombres, frente a las 800 mujeres víctimas. No nos llegan más allá del 20% de los autores de los malos tratos.

¿A los que abandonan el tratamiento se les busca de alguna manera para que vuelvan?

E.E.- Tiene que ser voluntario, porque con coacción el grado de colaboración iba a ser mínimo. Tienen que hacer "tareas" fuera de la consulta y ¿con qué grado de motivación iban a hacerlas?

¿Habéis encontrado al maltratador arrepentido modelo, ese que ha seguido el tratamiento y, después de un tiempo de seguimiento, ha modificado realmente su conducta?

E.E.- De esos hay muy pocos casos. Además, el que venga una persona arrepentida no quiere decir que el pronóstico sea mejor. Muchos maltratadores después de dar una paliza a su mujer se arrepienten profundamente, pero la siguiente puede ser a los tres días. En cambio tenemos personas peleonas, que acuden a la consulta en un tono realmente agresivo y van cambiando a medida que avanza el tratamiento. Pero qué duda cabe que el sentimiento de vergüenza es un punto de partida positivo, aunque pueda ser una estrategia para ganarse nuestro afecto. Sin embargo el nivel de éxitos es muy alto y lo que más predice el éxito es el seguimiento del tratamiento.

Y en la exploración, ¿qué perfiles de maltratadores se han detectado?

E.E.- Dos perfiles aparecen con cierta regularidad:

los violentos, personas broncas no sólo en su relación de pareja sino en la vida en general. Gente que igual han sido expulsados del colegio por pegar al profesor o porque se han ensañado con chavales más pequeños, personas que tienen problemas con los vecinos, en el trabajo... El otro perfil es el de las personas educadas, socialmente competentes, aceptadas por sus amistades y buenos compañeros de trabajo que cuando llegan a casa se transforman y adoptan conductas violentas. No sé si es exagerado decir que son personas incluso encantadoras hasta que llegan a las cuatro paredes del hogar. Ahí bajan la guardia y proyectan su agresividad hacia la persona que perciben como más débil. Creen que los trapos sucios se tienen que lavar en casa y eso les permite mantener ese nivel de dignidad de puerta afuera.

Respecto a su situación económica, de formación...

E.E.- Nosotros estamos trabajando en un servicio público y gratuito. Por tanto las personas que llegan

al centro están condicionadas por ese carácter: vemos gente fundamentalmente de clase media y baja, con un nivel de estudios elemental y profesiones poco cualificadas, un perfil similar al de las víctimas.

¿Se puede decir que son todos de clase baja?

E.E.- Es que trabajamos en un centro público. Se puede pensar que los de una extracción económica más alta van a consultas privadas y además que tienen unos mecanismos para tapar el problema más fácilmente. Por ejemplo, mantener a su mujer más protegida económicamente puede hacerla tapar, a cambio, la realidad de la frustración en la convivencia. Por eso, lo que nosotros vemos es verdad, pero no toda la verdad.

¿Se puede generalizar en cuanto a la edad?

E.E.- Frecuentemente tienen entre 35 y 45 años, personas que llevan unos diez años de convivencia y diez años de malos tratos. Algunos incluso nacen en la noche de bodas. Y en el embarazo es muy frecuente. Es

cuando esta gente baja la guardia, cuando piensa que ya a la mujer la tiene en el bolsillo y entonces ya no hace falta guardar las formas.

¿Se imagina que pudiera llegar a la consulta un maltratador por su propio pie, porque ha llegado a la conclusión de que está haciendo mal?

E.E.- No es realista, por

lo menos hasta lo que nosotros conocemos. Pero no hay que olvidar que estas personas tienen momentos de lucidez, que pasan vergüenza, que tienen unos criterios éticos acerca de lo que está bien y mal y el respeto que se merecen la madre de sus hijos y su mujer. No se ha dado el caso. Aunque alguno, excepcionalmente, ha llegado a través de un amigo que le ha hablado

del servicio. No es lo habitual, porque hay un rechazo social y eso no se comenta entre los amigos, cosa que las mujeres sí hacen. Otro rasgo que se puede decir de ellos es que son personas normales, no hay esquizofrénicos, no hay locos entre los maltratadores.

*Revista: EMAKUNDE
Especial maltrato y agresiones*